

La quema de basuras

(*La Prensa*, 8 de febrero de 1902)

Atravesamos la vía. El guardián permite la entrada al comisionado municipal, a pesar de que, según él, los trabajadores de la quema se hayan retirado.

Pero yo, escéptica, contesto:

—Iremos lo mismo: siempre algo veremos.

Llegan los carros, cubiertos de lonas, unos tras otros, lentamente como si entrasen en un cementerio. Van efectivamente a la incineración. Colócanse unos al lado de otros para la descarga, frente a hornos primitivos, levantaos sobre baldes, latas de kerosene y otros recipientes metálicos desvencijados, tan extensos que la visita no alcanza a dominarlos.

Se comprende que esta rudimentaria incineración de las basuras fuera ideada por el ex inspector de limpieza Sr. Borches, en 1871, cuando la fiebre amarilla azotaba cruelmente a esta ciudad, que había cometido la imprudencia de levantar con sus residuos urbanos las *montañas de la muerte*, como se llamaran entonces. Pero ¿no es vergonzoso que la gran metrópoli del Plata utilice aún el medio vulgar que se concibió en un momento de angustia y tribulación?

—¡No habría nadie! Exclamamos al ver cientos de personas entre peones, mujeres, muchachos harapientos y sórdidos, cuya mirada codiciosa acompañaba las evoluciones del carro próximo a ser descargado. ¿Qué será entonces cuando haya algunos?

Para dominar el cuadro, subimos arriba de unas colinas formadas por residuos incinerados, que corren paralelas a las que estaban ardiendo. Este cuadro es único en el mundo, y me entristece el que me ofrezca precisamente en esta querida tierra... pues la realidad es muy distinta de lo que mi imaginación había forjado.

Los curiosos que han realizado viajes en busca de nuevas sensaciones, para contemplar la salida del sol arriba de altas montañas, su puesta en los extremos confines del Océano rodeado de rayos de luz verde, los que han oído al Vesubio gruñir y vomitar llamas, que han admirado cataratas gigantes de espuma, se habrán considerado pequeños ante la majestuosidad de semejantes cuadros.

¡Cuánto más pequeños y humillados se verían, si pudieran contemplar esta curiosidad: un ejército de seres humanos que se precipitan famélicos sobre las inmundicias de sus hermanos!

Sí. El ser menos dotado de sensibilidad se estremecería indignado, porque no se puede culpar de semejante abominación al vicio de la pereza. Cuéntanse más de doscientas criaturas, — las mayores de ellas tendrán doce años — mujeres viudas abandonadas, ya marchitas, jóvenes hijas del país, que han acudido de las provincias para arrancar una hilacha de oro al vellocino que se llama Buenos Aires!

Provistos de un gancho que sirve de rastrillo, de forma diminuta, casi un juguete de niño, todos, inclinados y apiñados sobre el tumbado carro, revisan febrilmente los residuos, apartan de ellos los huesos, vidrios, papales, trapos, legumbres... mientras que debajo de sus pies, la basura lentamente se consume, sin que una llama apresurada quiera concluir más pronto la combustión y adelantar el trabajo.

De trecho en trecho sale humo, con delgadas hebras de lana gris.

El viento las encrespa, las esparce y por tiras (...) las convierte en vellón, las extiende y las lleva. No molesta a los desgraciados en su tarea el olor nauseabundo. Ellos revisan todo con ardor, lo más cerca posible, casi prendidos a la presa como las moscas al azúcar. Con un golpe de ganchito y otro y otro van juntando hojas de repollo, pedazos de zapallo, botellas, huesos, animales muertos, vidrios, trapos, papeles... Sin embargo, en un lienzo extendido depositan cuidadosamente la comida. Trabajan juntos niños, peones muchachas bonitas, cuyos vestidos andrajosos rasgados a la griega, dejan en descubierto sus torneadas pantorrillas, De vez en cuando una risa, un silbido, un impropio hiende el aire. De lo alto del carro caen las codiciadas riquezas como cascada. Si un extranjero no conociera esta metrópoli, podría clasificar sus habitantes por la basura. Hay en ella fortuna, abandono, derroche y egoísmo.

Y yo, mujer, voy más lejos. Culpo a las dueñas de casa de este resultado. El hombre nada tiene ver en ello. Allí está la prueba de nuestro descuido, de nuestra indolencia y de la poca vigilancia ejercida sobre los sirvientes.

Un niño se va cargado con una lata de huesos y un atadito de comida.

—¿A quién llevas eso? Le pregunto.

—A mamá... Lo demás es para el perro.

Entrega primero los huesos en la fábrica de los concesionarios, pues no se le permite aprovechar la comida sin esta compensación. Para tener derecho a media bolsa de comida, que sirve en parte para alimentar cerdos, debe entregarse una lata de huesos.

En la basura van botellas, frascos, etc., que dos empleados de empresa seleccionan: se ha llegado a construir hasta un muestrario. Es increíble el número de objetos útiles que esta población echa al carro municipal. Pocos saben que la Asistencia Pública acepta agradecida los frascos vacíos de remedios. Ha habido época en que los pobres volvían de ella sin medicamentos, por falta de frascos. Seguramente esta advertencia no será del gusto del concesionario.

Una mujer se aparta de los grupos, ya ha concluido. Extiende su lienzo, levanta un pedazo de sandía, lo limpia someramente con el cuchillo y come una tajada con satisfacción. Después...a trabajar. Agarra una gallina y la despluma.

—Qué hará usted con esta gallina? Le pregunto, pensando seguramente que este animal ha muerto de enfermedad.

—Comerla, señora! Tengo muchos hijos... hay que mantenerlos... Todo lo que llevo ahora es para ellos y quisiera todos los tener una gallina.

Detrás de ella hay un muchacho que lleva un pedazo de pan sucio, manchado, asqueroso.

—¿Lo vas a comer?

—Como no contesta, y para que no dude de su aserto, clava sus dientes en él.

¡Ay!... me duele el estómago —Siéntome palidecer. —No es cólera que llena mi alma, es compasión, es piedad inmensa, deseo ferviente de redimir a esos desheredados... pero ¿Qué puedo yo?...¿Quién tuviera dinero suficiente para sacar a esa muchedumbre famélica de tanta miseria? Son seres humanos, y sin embargo son menos felices que muchos animales.

Unos tras otros, sucios, satisfecha el hambre ya, pues los más necesitados han comido, se retiran a sus cuevas, la bolsa asquerosa al hombro. Son buenos los pobres, me miran sin odio, sin envidia, ellos los desnudos, los muertos de hambre, los sin guarida. De repente, delante de esa procesión de miserables, mi vestido sin embargo sencillo, paréceme insolente, mis guantes quemán mis manos, el abanico pesa como plomo en mis dedos, cierro mi sombrilla: tengo vergüenza.

Desde ese día, siempre, siempre tengo presentes esos quinientos seres desgraciados – mis hermanos- que negocian con nuestro deshecho, que se alimentan con los desperdicios de nuestra mesa ahogados entre el polvo de nuestras habitaciones, la saliva de nuestros servidores, el estiércol de nuestros caballos, los pelos caídos de nuestra cabellera y los excrementos de nuestros perros favoritos! ¡Piedad!